

# GASPAR NUÑEZ DE ARCE

## Homenaje en el primer centenario de su nacimiento

Hace una centura que nació Gaspar Melchor Núñez de Arce en Valladolid donde diecisiete años antes había visto también la luz primera don José Zorrilla.

Tuvo esta tierra la honra altísima de haber sido cuna de los dos más grandes poetas líricos españoles del siglo XIX tan pródigo en grandes ingenios que sólo al siglo XVI cede la palma y ésto con haber tenido algunos que no hubieran sido indignos de figurar en la áurea época.

Entre esa pléyade brillante y numerosa Núñez de Arce destaca su vigorosa y honda personalidad. No era por cierto tan fácil sobresalir entre hombres aguerridos y cerebros potentes y creadores pero él fué un privilegiado que se impuso con fuerza incontrastable. Hombre de acción y de mente por doquier dejó sus huellas profundas e inconfundibles.

La grandiosidad de su lira, le ha creado una fama como poeta que ha opacado injustamente sus otros aspectos de patriota, de político, de prosador y dramaturgo. El caso es muy frecuente cuando en algo se llega muy alto. Ha brillado tan esplendorosamente en poesía que para la posteridad su nombre va asociado a ella en desmedro de sus otras actividades.

Indiscutiblemente en la poesía está su mayor gloria pero ello no obsta para que grandes fueran sus otros títulos. En nada de lo que intervino fué mediocre.

Altamente acreedor es el personaje de que lo contemplamos en visión íntegra y total.

En la época del nacimiento de Núñez de Arce grandes acontecimientos se desarrollaban en España. La muerte de Fernando VII el año de 1831 creó el serio problema de la sucesión al trono que trajo largas y sangrientas guerras. Gobernaba el reino en calidad de Regente por minoría de la que fuera más tarde Isabel II su augusta madre la Reina Ma-

ría Cristina. Dificiles eran las riendas del gobierno, la agitación era intensa, los partidos en abierta lucha, se sucedían los gabinetes de Cea, Martínez de la Rosa y Toreno. En julio del año 1834, España contempló las terribles y cobardes mantanzas de frailes, asaltos de conventos y tropelías del populacho, triste renovación de los degüellos de setiembre en los días del Terror de la revolución francesa.

Don Alonso María Queipo de Llano Conde de Toreno sucedió en la Presidencia del Consejo a Martínez de la Rosa. El famoso historiador de las guerras del levantamiento de España fué político radical y desacertado que ordenó y consintió drásticas medidas contra las indefensas órdenes religiosas siendo obligados los frailes a abandonar los conventos y a acogerse a la caridad particular.

La insurrección se propagó por toda la Península, se instituyeron Juntas de Gobierno mientras el partido del Príncipe D. Carlos crecía y se disponía a la lucha.

Tal era el escenario político en la época en que le tocó nacer a nuestro poeta. Siendo muy niño aún su familia se trasladó a Toledo, la legendaria ciudad de los Concilios y centro predilecto del Imperio en los felices días de Carlos V. Allí creció y trascurrió su niñez, entre monumentos imponentes y vetustos, viviente historia de las épocas más gloriosas de España. Su rápida inteligencia de niño precoz comprendería sin duda el alto valor de esos tesoros de las pasadas épocas. Por sobre las calles estrechas y retorcidas y los desolados cigarcales, su viva imaginación creadora volaría en alas de una fantasía hermosísima. Muchas veces seguramente contempló las tormentosas y magníficas pinturas del Greco que una vez vistas rara vez se olvidan. Profunda fué la influencia que la ciudad tuvo en su ánimo y que lo acompañó toda su vida. Los bloques inmensos de piedra imprimieron en su alma un sello de granito. Las pinturas del Greco lo hicieron desasosegado y visionario. Su númen poético en embrión parece que al igual que las armas blancas se forjó en la renombradas fábricas toledanas de acero. De todo ese conjunto se marcó en él desde

la primera niñez el sello indeleble del medio ambiente que había de acompañar para siempre su vida y su obra.

Tuvo Núñez de Arce la suerte de poseer esa clase de talento que se impone irresistiblemente. Desde muy joven fué brillante y esa brillantez le abrió amplio campo de acción. Provinciano en la capital española a los diecinueve años, sin protectores ni amigos entró en la redacción del periódico "El Observador". Dedicó sus energías y su talento al periodismo, teniendo sus artículos y colaboraciones un éxito feliz, en poco tiempo se hizo reputación y prestigio. Sus servicios eran solicitados y competidos entre varios periódicos. "La Iberia" de Calvo Asencio que tenía gran circulación aumentó su renombre. La política le apasionaba. Como era vehemente abrazaba con calor un partido y los acontecimientos le hacían cambiar de opinión. De ahí que incurriera en contradicciones y variaciones que se han exagerado demasiado para acusarlo de inconsecuencia.

La política era variada y tempestuosa y nada propicia por cierto al estacionamiento de opinión. Siguió las corrientes de su tiempo pero no en lastimosa servidumbre sino con toda la fuerza de su personalidad. Era liberal e individualista como la mayor parte de sus contemporáneos pero tuvo un liberalismo dinástico o sea atenuado y de orden. Ese orden lo amó siempre y en todos los momentos de su vida, por eso abrazó todo aquello que él creía que lo significaba. Defendió la política del Partido gobiernista del General O'Donnell y las actitudes enérgicas que éste asumió al frente de la llamada Unión Liberal resultante de las jornadas de junio de 1854. Esas simpatías duraron varios años no fué pues tan mudable como nos lo quieren presentar.

Poco después de marchar O'Donnell a la guerra de Africa lo siguió Núñez de Arce acompañándolo constantemente en la campaña. De allí salieron sus "Recuerdos de la Guerra de Africa" cuyas principales acciones presenció. Escritos con la sencillez que era uno de sus caracteres inseparables más nos parecen relatos familiares que crónicas para un diario; sinceras y patriotas, amenas e interesantes si no han tenido mayor

repercusión débese sin duda alguna a la inmensa y justificadísima popularidad alcanzada por el famoso "Diario de un testigo de la Guerra de Africa" de Pedro Antonio de Alarcón.

Los "Recuerdos" de Núñez de Arce no sólo recrean y encantan sino que sin otra fuente de información pueden dar a cualquier lector cabal cuenta de lo que fué aquella sangrienta y hazañosa campaña contra los moros que bajo el superior comando del intrépido O'Donnell hábilmente secundado por arrojados generales como Zavala, Lucena, Prim y otros llevó a las valerosas huestes de triunfo en triunfo hasta una feliz culminación en el asedio de Tetuán, renovando para las armas españolas las glorias de Covadonga, las Navas de Tolosa, Granada, Pavía, San Quintín, Lepanto, Bailén y las heroicidades de Numancia, Sagunto, Trafalgar y Zaragoza.

Al volver de Africa, el 8 de febrero de 1861, celebró el poeta sus bodas con doña Isidora Franco, la solícita y cariñosa compañera de su vida.

Gobernador de Logroño, representó por primera vez a Valladolid como diputado en 1865 en circunstancias del furioso ardor político que caracterizaron los últimos años del reinado de Isabel II. Los gabinetes se sucedían en imposibilidad de mantenerse. Don Juan Prim al frente de la Unión Liberal inició una abierta conspiración militar. El 10 de abril de ese año hubieron graves sucesos que culminaron con el acuchillamiento de estudiantes en la noche de San Daniel por orden de Gonzales Bravo Ministro de Gobernación. En las Cortes Ríos Rosas pronunció un famosísimo discurso acusando impetuosamente al gobierno y llamando miserables a los causantes de tal mantanza. Gonzales Bravo no se quedó atrás y se defendió con arrogante convicción y no poca elocuencia. Aquella jornada oratoria produjo un gran efecto en Núñez de Arce que desde entonces aumentó su admiración por el famoso tribuno revolucionario. Las sublevaciones se siguieron y las dificultades ministeriales hicieron perder definitivamente el poder a O'Donnell que se retiró a Francia donde murió al año siguiente. Por haber firmado Núñez de Arce una protesta contra el gabinete Narváex fué desterrado a Cáceres donde le hospedó cariñosa-

mente su amigo el poeta Hurtado, datando quizá de entonces los dramas que escribieron juntos. Libre de su destierro volvió Núñez de Arce a Madrid mas para atender a su quebrantada salud trasladóse a Barcelona donde había de encontrarlo la revolución de setiembre de 1868.

Los años de 1867 y 1868 fueron de febril e incesante agitación. Núñez de Arce presagiaba los estériles resultados de la próxima revolución que con pasos gigantes se cernía sobre el trono. Los esfuerzos de Narváez por contener la insurrección con medidas liberales no surtieron su efecto porque el hilo de su vida se cortó en abril de 1868. Desde entonces rota toda resistencia se efectuó el desenlace previsto, cinco meses más tarde en la jornada de Alcolea de resultas de la cual fué destituida la Reina organizando el victorioso General Serrano un gobierno provisional revolucionario al frente del cual se puso.

A raíz de este gran movimiento fué que Núñez de Arce incurrió en palpable contradicción al combatir rudamente la revolución a la vez que defendía con calor a algunos de sus miembros directores y prominentes particularmente Sagasta miembro de la junta transitoria y personaje que ejerció durante muchos años una acción preponderante en la política española.

Esta inconsecuencia ideológica no debe juzgarse sin previo examen. En su alma emotiva y patriota se jugó un drama íntimo. El vituperó la revolución como tal, en sus excesos e insensateces, pero creyó en la buena fe de algunos de sus gestores. Amante del bien patrio sintió la necesidad de apoyarlos en su gestión gubernativa máximo cuando las cosas podían empeorar. Su clara comprensión se dió perfecta cuenta de que lo hecho no tenía remedio y trató de evitar futuros males. No soñó estas razones caprichosos atenuantes que le buscó. No debe pensarse por un momento que su intención fué torcida, acomodándose con el gobierno al apoyar sus actitudes para medrar porque desempeñó puestos políticos como la Gobernación civil de Barcelona. Poco después llamóle a Madrid el Gobierno Provisional y le encargó redactar el manifiesto a la Nación. De 1871 a 1874 fué Consejero de Estado y en el año de 1872 desempeñó la secretaría de la Presidencia del Consejo.

Como siempre hombre de orden reconoció la legalidad del nuevo gobierno de Alfonso XII proclamada en Sagunto por el General Martínez Campos. Del 9 de enero al 13 de octubre de 1883 desempeñó la cartera de Ultramar en el Gabinete presidido por Sagasta a cuyo partido perteneció hasta su muerte. Por decreto del 30 de octubre de 1897 fué nombrado Gobernador del Banco Hipotecario siendo éste el último cargo que desempeñó.

Siempre procuró servir a su patria desde los distintos puestos en que le cupo actuar.

Su vida de acción tuvo diversas y variadas fases aunque en el fondo fueron las evoluciones del Partido Progresista a quien siempre profesó devoción.

Amó la libertad en su alto y verdadero sentido. Vituperó los abusos que se cometen en nombre de esa libertad que los que más la pregonan son los primeros en pisotearla y en escarnecerla cuando tienen las riendas del Poder.

Tuvo un bien entendido patriotismo que no era ni un pomposo chauvinismo ni la grosera máscara para escalar el poder o adquirir ventajosas posiciones.

Conociendo la índole de su espíritu, más nos parece nacido para fustigador de tiranos que de sociedades, más para celoso defensor de su patria contra los enemigos externos que los internos.

A Núñez de Arce con esa alma intrépida de luchador no le cupo en suerte vivir en épocas en que se combatiera por causas dignas de su decisión y empuje. Imaginémoslo paladín de la Reconquista; ya miembro del puñado de valientes que en las montañas de Asturias se secundó al legendario Pelayo y logró sobre el musulmán la primera victoria española en los llanos de Covadonga; ya acompañante del Cid en sus triunfadoras hazañas, ya asistiendo a las Navas de Tolosa o tres siglos más tarde, al sitio de Granada; lo situamos en el siglo XVI soldado de los aguerridos e invictos tercios de Carlos V y de Felipe II o en los comienzos del siglo XIX defensor del suelo español contra la injusta invasión napoleónica. Pero aunque vanamente soñemos la realidad fué otra la Providencia en sus inescruta-

bles designios lo colocó en los dos últimos tercios del siglo XIX o sea una época azarosa y convulsa, si fecunda en escritores, destructora en los hechos, porque es época de cruentas guerras civiles en todas partes, principalmente en Francia, en España, y en nuestra América consecuencias las más de enconadas luchas partidaristas por ambiciones bastardas y pasiones desenfrenadas.

---

### Teatro

En dos grupos puede dividirse el Teatro de Núñez de Arce. Al uno pertenecen las obras que compuso en colaboración con el poeta extremeño D. Antonio Hurtado y al otro las que escribió solo.

Del primer grupo no nos ocuparemos tanto por no haber logrado conseguir las cuanto porque como opina la más alta crítica no es posible discernir la parte de invención ni de ejecución que debe atribuirse a cada uno de ambos autores.

Don Antonio Hurtado cultivó diversos géneros teatrales pero mostró siempre particular deferencia por el histórico escogiendo mas que los famosos hechos políticos los acontecimientos que aunque de menor cuantía proporcionan interesantes asuntos dignos de sacarse del olvido. Las dos principales piezas que en colaboración escribieron ambos ingenios fueron dos dramas históricos: "Herir en la sombra" y "La Jota Aragonesa". El primero trata sobre la enemistad y encono de Felipe II con su secretario Antonio Pérez. El segundo desenvuelve una serie de sucesos de la Guerra de la Independencia y aventuras familiares e íntimas.

De las obras que exclusivamente le pertenecen a Núñez de Arce hay coleccionadas cuatro: "Deudas de la honra", "Quien debe paga", "Justicia Providencial" y "El Haz de Leña". Las tres primeras pertenecen al género ético o moralizador que fundara Ruiz de Alarcón y al que pertenecieran Ayala y Tamyayo. El último es un legítimo y vigoroso drama histórico.

A la primera la denomina el autor drama íntimo de conciencia. Está dedicada a su gran amigo Manuel Ossorio y la acción se desarrolla en tres actos y en verso. Como ya el título lo va indicando el conflicto surge por la deshonra de una doncella con la que el seductor no quiere casarse en parte porque cree que ella está también con otro. El padre se entera de la desgracia de su hija y exige al amante el matrimonio. Se producen violentas escenas y al fin el seductor se conmueve y todo se arregla.

El argumento es la sempiterna cuestión de honra materia tan manoseada en el Teatro español. Sin embargo el autor se desempeña con acierto y produce escenas de subido dramatismo realizadas por hermosísimos versos. Entre éstas las más destacadas son en mi criterio la de don Andrés con su hija doña Ana en la escena IX del primer acto y la del mismo D. Andrés con el seductor D. Felipe en laescena XI del segundo acto.

En cuanto al trazo de los caracteres el único que verdaderamente se destaca es D. Andrés, los demás no valen gran cosa. La trama mantiene vivo el interés esperándose con viva curiosidad el desenlace. En conjunto la lectura de esta obra proporciona un rato agradable.

“Quien debe paga” es una comedia en tres actos y en verso de trama muy movida. El carácter más saltante es el del falso amigo Miguel. Los demás no merecen mención.

La obra es una fina crítica contra los alardes de dinero y el afán de ostentosas apariencias. La más galana sátira está concentrada en los siguientes versos puestos en boca de Carlos durante el segundo acto:

¡Si hay quien encuentra dueño  
 porque finge que lo tiene!  
 Es un medio de vivir  
 muy de moda y muy seguro.  
 Si te encuentras en apuro,  
 si necesitas pedir  
 aparenta a troche y moche  
 y encontrarás quién te dé.

Y no lo busques a pie  
si puedes buscarlo en coche  
porque tan fuera de quicio  
está nuestra sociedad  
que en ella la vanidad  
más que pasión es oficio.

“Justicia Providencial”, drama en tres actos y en verso es el que menos vale a mi juicio de los tres dramas de carácter moralizador. Con todo los caracteres están mejor trazados que en los anteriores particularmente el del infame D. Fernando y el del honrado y paternal anciano D. Antero. Los demás no pasan de una discreta medianía. La trama en conjunto es floja, habiendo tan sólo unas pocas escenas que despierten interés y en cuanto al final es sumamente pobre.

“El Haz de Leña”, es la obra de gran valor en el Teatro de Núñez de Arce. Es el más poderoso y bello de los dramas históricos conocidos en el siglo XIX. Superados quedan “La Viuda de Padilla”, y el “Aben Humeya” de Martínez de la Rosa; “El Crisol de la Lealtad” y “La Morisca de Alajuar” del Duque de Rivas; “El Zapatero y el Rey” y “Traidor, Inconfeso y Mártir” de Zorrilla; “Doña Mencía” y “Alfonso el Casto” de Hartzambusch y no cede la palma ante “Locura de Amor” de Tamayo.

El asunto es uno de los más controvertidos y sombríos de la historia de España: la prisión y muerte del Príncipe D. Carlos y la relación que con ellas tuvo Felipe II. Materia de innumerables trabajos de escritores españoles y extranjeros es la vida pública y privada del Monarca del Escorial; sus hechos más oscuros y saltantes han sido objeto de extraños y curiosos comentarios que la más moderna y concienzuda crítica histórica confunde y rehace. Convertido en terrible espectro por los protestantes, duramente combatido por sus enemigos políticos, sus episodios privados como sus amoríos con la Princesa de Eboli, su ruptura con su secretario Antonio Pérez, la muerte de Isabel de Valois y la más trágica del Príncipe D. Carlos dieron pie a terribles acusaciones y a singulares leyendas. Si

en las obras históricas esas versiones encontraron acogida más aún la fueron las literarias en las que la imaginación proyectaba sus alas y en las que merced a las obras teatrales llegaron a influir eficazmente en las masas populares contribuyendo poderosamente a forjar una falsa idea de la persona de Felipe II que puede decirse que es muy común aún entre personas que se precian de cultas.

La famosa cuestión del Príncipe fué llevada al Teatro en el "DonCarlos" de Tomás Otunay representada en Londres poco menos de dos generaciones después de la muerte de Felipe II. Esta obra como todos los dramas al respecto que luego se siguieron entre los que se cuentan los de Alfieri, Schiller y Quintana tuvieron su base en las absurdas patrañas del Abate Saint-Real.

Las relaciones de Felipe II con su hijo D. Carlos dadas las circunstancias que las acompañan particularmente en el trágico desenlace son tan complejas que no puede la historia pronunciarse definitivamente aún después de la luz vertida por las meritorias, abundantes y eruditas investigaciones del belga Gachard. Pero de ningún modo puede aceptarse después de lo estudiado el esbozo siquiera de un parangón de Felipe II con Constantino el Grande, el Rey visigodo Leovigildo, Juan II de Navarra y Aragón o el Zar de Rusia Pedro el Grande, quienes por motivos políticos y religiosos persiguieron a sus hijos o abreviaron su muerte. Es cosa indiscutible que ni Felipe II ni la Inquisición participaron directamente de la muerte de D. Carlos y que para su encarcelamiento existieron graves y decisivas razones.

Don Carlos fué un joven completamente degenerado física y moralmente, incapaz de dominar sus instintos y pasiones, imposibilitado para la alta y responsable función de gobernar y mucho menos en calidad de soberano absoluto un Imperio del poder y magnitud del que por entonces era el español. Su locura fué un caso de atavismo que encuentra su más cercano precedente en la de su bisabuela la Reina doña Juana y que en su índole misma no tendría mayor interés sino hubiera sido porque le cupo ser heredero de un trono en su apogeo y de ha-

ber tenido un padre que llena de grandeza todo lo con él relacionado.

Conforme D. Carlos fué creciendo fué aumentando su in-sañía pero su padre no creyó inevitable una intervención hasta que la enfermedad tomó tales caracteres que se tradujo el atentado contra su vida y en preparativos para una expedición a los Países Bajos. D. Juan de Austria hubo de participarle a su real hermano el inminente peligro que para la seguridad de su persona y del Estado representaba el Príncipe. Felipe II con el corazón acongojado maduró detenidamente las medidas que debía adoptar. Al fin tomó su resolución. Presentóse una noche en la cámara de Don Carlos y lo declaró preso. A partir de entonces permaneció éste en absoluto aislamiento siendo visitado tan sólo por el Rey, su confesor, su médico Ruy Gómez y a veces por algún miembro de familia. Trascurrieron así los meses hasta el fin de su triste existencia en julio de 1568 sin que pueda precisarse con exactitud la forma de ella. Los más serios historiadores afirman que se debió a su loca imprudencia, pues tan pronto se negaba a comer como bebía y comía con exceso. Asimismo dábase al uso del agua helada en época de sofocante calor. A esto último se cree que se debió la enfermedad que lo llevó a la tumba, sin que pueda dictaminarse con seguridad la incumbencia que en ella tuvieron los encargados de su custodia.

Examinando con imparcialidad la conducta de Felipe II con su hijo D. Carlos ha de concluirse por decir con Fornerón: "Que si de algo hubiera que acusar a Felipe, no sería de rigor, sino de excesiva condescendencia", y han de suscribirse también las palabras del moderno, recto y erudito historiador danés Carlos Bratli en su magistral libro "Felipe II Rey de España": "Quienes conozcan la ternura paternal de Felipe y los sentimientos profundos que le unían con su familia, podrán comprender a qué precio tuvo que realizar sus designios políticos y en qué dolor sin límites debió sentirse anegado."

Núñez de Arce demostró rotundamente en "El Haz de Leña" que no era necesario acudir a extrañas y antojadizas versiones para hacer interesantes las relaciones entre Felipe II y

su desgraciado hijo y que más atractivo y valor tenía la legítima figura de Don Carlos como insano, pueril y atropellado, que como altivo y gallardo mancebo, como lo presentaron Schiller y Alfieri. Y es que Núñez de Arce por el realismo con que lo presenta, nacido de su respeto por la verdad histórica, logra triunfar de las dificultades que la misma inferioridad intelectual y moral del personaje, ocasionaban superando en mucho a sus predecesores con contarse entre ellos el inmortal cantor de Guillermo Tell. Verdad es, que tanto el poeta alemán como Alfieri y Quintana, cuando escribieron sus obras a fines del siglo XVIII era opinión corriente particularmente fuera de España, que Felipe II había dado muerte a su hijo. Lo llevó pues a doptar aquella creencia una sincera credulidad, de ahí que deba juzgárseles colocándose en sus circunstancias. Pero ya entonces, apropósito del "Felipe" de Alfieri, el famoso estético y crítico teatral español Padre Arteaga, volvió en razonado análisis por los fueros de la verdad histórica.

En la misma época en que Núñez de Arce escribe su "Haz de Leña" graves prejuicios flotaban en el ambiente, particularmente entre los progresistas a cuya doctrina pertenecía. Libertándose de ellos supo dar vida propia y genuina a los personajes y sucesos de su drama. Si con Don Carlos salvó los difíciles escollos que ofrecía aquella psicología con Dn. Felipe, tuvo que salvar no sólo los que nacían de aquel complejo y potente carácter, sino de su propia ideología política. Y erigiéndose en justiciero y recto tribunal supo presentar a Felipe II no como el Demonio del Mediodía, oprobiosa repetición de Nerón y de Calígula, desalmado y sin sentimientos que sólo vive encerrado en el alcázar de su egoísmo y que se entretiene en torturar a sus víctimas entre las que se cuentan algunas de su propia sangre, sino como el Rey prudente, íntegro e inflexible, defensor del catolicismo y de la unidad de la Fe, cruel por convicción y por conciencia. Y a través del justo y fiel trazo de esa fisonomía meditamos en la profunda verdad que encierran las siguientes palabras de Balme, en esa magna obra que se llama "El Protestantismo comparado con el Catolicismo": "Quizás estuvo pendiente de la política de Felipe II.

no sólo la tranquilidad, sino también la existencia de la monarquía española. Ahora se le acusa de tirano, en el caso contrario, se le hubiera acusado de incapaz e imbécil”.

Entre los demás personajes, los que ocupan lugar más destacado son el farsante Cisneros, rencoroso protestante, no de la familia del Marqués de Poza, sino hijo de D. Carlos de Seso, quemado en uno de los autos de Valladolid y a quien cuentan que dijo Felipe II: “Si mi hijo fuera como vos, yo mismo llevaría la leña para quemarlo”. Entonces su hijo mayor se propone que la amenaza se cumpla y encubriendo sus perversas y vengativas intenciones, bajo el nombre de Cisneros, se convierte en el genio del mal del Príncipe D. Carlos, empujándolo hacia su ruina. Pero sus intenciones se frustan y cuando en la postrera hora Felipe II se dispone a perdonar y a bendecir a su infeliz hijo, se entrega él mismo a la hoguera por luterano. Asimismo la doncella Catalina, víctima generosa de su tierno e imposible amor por el príncipe, para quien es ángel solícito y tutelar. Hermosísima escena es aquella en que hallándose el príncipe al borde de la tumba, la doncella, no pudiéndose contener, le confiesa su pasión avasalladora desinteresada y pura.

Catalina.—¡Ay, he guardado mi pena  
tanto tiempo, tanto, tanto!  
Nunca la hubiérais sabido  
siendo feliz, que hice voto  
de callar y le he cumplido.  
¡Mi pecho se hubiera roto  
sin exhalar un gemido!  
No aspiraba a la ventura  
de llegar a vuestra altura;  
mil veces, y ésto me aflige,  
¡ay, perdonad mi locura!  
gloria y grandeza maldije.  
Mas ya puedo, sin temor,  
Dar rienda a mi desvarío.  
¡Sois desgraciado Señor!  
Sufrís... ¡Quién vuestro dolor

Puede disputarme? ¡Es mío!  
¡Es mío!

Pero tras un examen minucioso de la obra declaro que no encuentro escena que supere en grandeza y en hermosura del verso a la del diálogo entablado entre Felipe II y D. Carlos en la escena IX de acto 1.º Ante las quejas y protestas que le hace Carlos responde Felipe:

Felipe.—Ciego de despecho,  
os perturba y arrebatada  
esa ambición insensata  
que no cabe en vuestro pecho.  
Siempre entregada al azar,  
rebelde siempre al deber,  
ni sabéis obedecer  
ni sois digno de mandar.

Carlos.—¡Qué implacable estáis conmigo!

Felipe.—No con falta de razón.  
Moderad vuestra ambición  
o sentiréis el castigo.

Carlos.—Pues bien: haced lo que os cuadre:  
A todo estoy resignado.  
Ya sé que el Cielo me ha dado  
un tirano en vez de padre.  
Sobre mí caiga la ley,  
No la temo...

Felipe.—¡Así me humillas,  
desdichado? ¡De rodillas!  
Ya no habla el padre habla el Rey  
¡Quién tanta audacia concibe!  
Pues si yo fuera tirano,  
¿Dónde estaría la mano  
que estos papeles escribe?

(Mostrándole las cartas remitidas por el Duque de Alba).

¿Así ensalzas y proteges  
la gloria de tus mayores,  
amparador de traidores  
patrocinador de herejes?  
Mira, si puedes, el falso  
camino que has emprendido;  
mira esas cartas que han sido  
cobradas en el cadalso.  
Si aún permanecen ocultas  
tus sugerencias alevos,  
no al Monarca se lo debes,  
sino al padre a quién insultas.  
Mas si con loca osadía  
persistes en tu maldad,  
fiado en la impunidad  
que te da la sangre mía,  
yo sabré, si no la enfrenas,  
verterla, mal que me pese,  
¡y no la tuya! aunque fuese  
la que corre por mis venas.

Carlos.—¡Señor!

Felipe.—Por última vez  
mi voz te avisa y advierte.  
¡Y hay de tí si se convierte  
El padre en severo juez!

Tanta expresión, realismo y patetismo a puesto el poeta que nos parece presenciar la escena.

El verso flúido y sonoro no decae en ningún momento antes al contrario, toma a ratos más subido y esplendente tono. Tienen el mismo corte y belleza de sus mejores poesías. Por eso escribe Menéndez y Pelayo: "No había leído yo un solo verso lírico de Núñez de Arce cuando vi representar en Barcelona "El Haz de Leña" y él sólo bastó para que desde entonces tu-

viese yo al señor Núñez de Arce por gran poeta”.

En suma, aunque se diga que Núñez de Arce era demasiado subjetivo para ser verdadero dramático, “El Haz de Leña” se eleva sobre sus demás piezas teatrales y ella sola basta para proclamarlo como gran autor dramático.

---

### Prosa

Jamás se mencionan los escritos en prosa de Núñez de Arce en parte por las escasas y raras páginas que ellos representan y en parte también por injusto olvido. Hemos conseguido examinar las más notables, y en verdad que con asombro hemos admirado esta nueva y desconocida fase de su obra literaria. Cultivó el periodismo, la narración, el cuento y el discurso académico con brillo y éxito. Se muestra delicado y espiritual, no sólo en las majestuosas figuras de sus discursos académicos, sino en sus bellísimos cuentos fantásticos como “Las aventuras de un muerto” o “Sancho Gil”.

En “Las aventuras de un muerto” en forma sencilla tiene trozos de inefable hermosura que son todo un himno de esperanza y de consuelo como en éste: “La existencia no acaba en la profunda lóbreguez de la fosa, hay un más allá consolador; una esfera ultramundana desde la cuál los que han sido, velan por los que son, tranquilizándolos en sus aflicciones y enjugando sus lágrimas”.

En su discurso de recepción ante la Real Academia Española, leído el 21 de marzo de 1876, trata de la decadencia y total ruina de la literatura nacional, bajo los últimos reinados de la Casa de Austria. Quizás anda exagerado en algunas de sus apreciaciones, pero en otras logra singulares aciertos. La lengua se viste de sus mejores galas y el estilo es el de un consumo prosista. La parte final es soberbia, constituyendo todo un himno de alabanza y de amor al Creador: “¿Qué somos, ni qué valemos para turbar con nuestro orgullo o nuestra intransigencia la misteriosa armonía de las cosas creadas? Desde el majestuoso ritmo de los astros, que giran en los es-

pacios infinitos, hasta el sordo rujir de la lava que fermenta en el centro de las montañas; desde la estridente cólera del mar hasta el manso murmullo de las hojas movidas por el viento; desde el trueno que sacude las nubes hasta el rumor imperceptible que produce el gusanillo al arrastrarse por entre el césped, todos los ruidos y acentos de la naturaleza, los más discordantes como los más unísonos, los más consoladores como los más terribles, se juntan y convergen hacia el Criador en himno inmortal de alabanza; y del mismo modo en el seno de la humanidad, devorada por vagos y místicos anhelos, la queja del desgraciado y el júbilo del venturoso, la oración del creyente y la blasfemia del réprobo, la voz que niega y la voz que afirma, todo, en fin, lo que aparece ante nuestra razón limitada como contradictorio, inconciliable e irreductible, se confunde acertadamente en una aspiración suprema para llegar a Tí, ¡Oh Dios en quién adoro y creo! y glorificar tu sabiduría, tu omnipotencia y tu misericordia”.

El 3 de diciembre de 1887 leyó un discurso sobre la Poesía en el Ateneo científico y literario de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras. Sin duda nunca produjo pieza más notable. En ella se aúnan la solidez de la doctrina, la serenidad del juicio y la belleza de la expresión. En su lectura encontramos exquisito deleite y amable enseñanza. La originalidad del juicio impera en todo el discurso en que cada frase es una nueva impresión. Veamos algunos de los párrafos más saltantes: “Arriesgo de que me tachéis de exagerado, me atrevo a afirmar que las obras de aquellos poetas en quienes, sea cual fuere el género que cultiven, predomina el temperamento lírico, tales como Dante, Shakespeare y Calderón, son, con las de los historiadores y filósofos las que resisten más la ola silenciosa del olvido. Las demás producciones que no corresponden a ninguna de estas tres manifestaciones de la literatura, entre las cuales y en primer término figuran las didácticas y narrativas, suelen merecer el favor público cuando aparecen, si aciertan a representar bien su época o se ajustan al gusto reinante; pero su duración es, por regla general, efímera en la memoria humana y van desvaneciéndose por grados como las

notas de una música que se aleja.” Y este otro sobre el horizonte de la poesía: “¿Por ventura me diréis la Poesía se exime de la ley general e ineludible que sujeta todas las cosas a la vejez y a la muerte?? ¡Ay, demasiado sé que la gloria póstuma es tan pasajera como el último rayo de la luz de una estrella que se apaga, el cual dilata más o menos su fulgor, según la distancia que debe recorrer hasta sumergirse en las sombras eternas. Quede sentado pues, que en todo cuanto digo no me refiero a una inmortalidad en que no fío, sino a la duración, mayor o menor, de las frágiles obras del hombre”.

---

### Poesía

Por encima de todo fué gran poeta lírico, allí es donde reside su verdadero renombre, de tal tuvo todo los caracteres en alto grado reuniendo con singular fortuna el hondo subjetivismo y la verdadera inspiración.

Alrededor de los veinte primeros años de su vida, Núñez de Arce desconociendo los impulsos de su verdadera vocación tuvo su numen silencioso dedicándose con actividad a otros ramos de literatura. Desde entonces comienzan sus primeros ensayos poéticos que han permanecido sueltos sin coleccionar. Entre ellos anotaremos: “A mi madre”, “En Viernes Santo”, “El Rey y el Lacayo”, “La Sombra de Lesbia” y otros. Todos ellos despiden un negro pesimismo y acusan inseguridad en la forma, aunque con algunos rasgos que denuncian ya el futuro gran poeta de los “Gritos de Combate”. Bien hizo en no incluirlos en la colección que bajo este nombre agrupó, porque desdecirían del conjunto.

Nada agitó el emocional espíritu y las recias cuerdas de la lira de nuestro poeta, como las tormentas revolucionarias. Los motines populares, las infamias encubiertas con el manto del interés nacional le arrancan anatemas y severas imprecaciones. Contra los falsos alardes de libertad clama en sus estrofas:

¡Libertad! ¡Libertad! no eres aquella  
virgen de blanca túnica ceñida,  
que vi en mí pudibunda y bella,  
no eres no, la deidad esclarecida  
que alumbra con su luz como una estrella,  
los lóbregos abismos de la vida.

No eres la fuente de perenne gloria  
que dignifica el corazón humano  
y engrandece esta vida transitoria.  
No al ángel vengador que con su mano  
imprime en las espaldas del tirano  
el hierro enrojecido de la historia.

No eres la vaga inspiración que sigo  
con hondo afán desde mi edad primera,  
sin alcanzarla nunca... Mas, ¿qué digo?  
No eres la libertad, disfraces fuera,  
licencia desgredada, vil ramera  
del motín, te conozco y te maldigo.

Fueron las "Estrofas", lo más vibrante que dedicó a la revolución y quizá la más pujante y vigorosa de todas sus poesías. Como opina el P. Blanco García: "Todo es grandioso en este monumento de la poesía castellana; la cuerda de la inspiración siempre flexible y altisonante, ora produce vibraciones suaves, ora estalla en violento chasquido y parece romperse cuando al punto vuelve a su natural pristino estado". La creo la mejor de las poesías que integran los "Gritos de combate" y para encontrarle paralelo en su género habría que llegar a las candentes sátiras de Quevedo su más legítimo antecesor en el solar castellano, por la audacia y valentía del pensamiento y la expresión, pues si bien no tienen plena identidad ideológica, nos parece que resurge en el autor de las "Estrofas" el espíritu y la voz del que supo decir en la "Epístola satírico-censoria, al Conde Duque de Olivares":

No he de callar por más que con el dedo  
 ya tocando la boca o ya la frente  
 silencio avises o amenazas miedo.  
 ¿No ha de haber un espíritu valiente?  
 ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
 ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

De las demás poesías que integran los "Gritos de combate" merecen honrosa mención la dedicada a Emilio Castelar en la que pinta con vivos colores las estrepitosas convulsiones de la anarquía y de la barbarie insurreccional. Se pronuncia opuesto al advenimiento de la República y su lira clama contra

aquella triste y vergonzosa tarde,  
 baldón eterno de la patria historia  
 en que un Senado imbécil o cobarde  
 vendió sin fruto y entregó sin gloria  
 cediendo a los estímulos del miedo  
 el trono secular de Recaredo.

Al descender Ríos Rosas al sepulcro, Núñez de Arce le dedicó un himno fúnebre y triunfal en soberanos endecasílabos que produjeron un popular tumulto. No pudo encontrar el fogoso tribuno revolucionario, cantor que mejor consagrara su fama y que muy luego le renovarí su tributo admirativo en la solemne ocasión de sucederle en el sillón académico.

Si Núñez de Arce volcó su numen en la candente arena política, supo también producir otra poesía de índole muy distinta con un lirismo agudo e interno. Y así penetra en cuestiones de orden más elevado en algunas de sus composiciones como en su epístola "La duda" y en su oda "Tristezas". Esta última es el melancólico recuerdo de la adolescencia, evocando las viejas catedrales, la obscuridad del templo santo, la piedad sincera unido al presente espiritual que se debate entre las angustias y las vacilaciones del escepticismo y el triste desasociado de la fe perdida. "Tristezas" es más que el recuento de un alma, el símbolo de los que debatiéndose en el incesante trepidar de la conciencia, añoran los felices y apacibles días de la infancia. Asimismo en la epístola titulada "La

duda", dirigida a su fraternal amigo D. Antonio Hurtado, une a su queja personal la de las innúmeras víctimas de ese monstruo que carcome los corazones y del que dice:

Y entre visiones lúgubres y extrañas  
su diente de reptil áspero y frío  
he sentido clavarse en mis entrañas.

Esa duda es a la que rinde tributo Núñez de Arce y que resta al horizonte estético de sus poesías, a pesar de todo el fulgor que ellas poseen porque como muy bien hizo notar el recordado escritor colombiano Miguel Antonio Caro: "La duda vale poco para el Arte". "Son necesarias las negaciones o afirmaciones rotundas para producir verdadera impresión estética".

Al detenerme en el pensamiento de Núñez de Arce, encuentro que no era que él rendía parias a esa duda, era que el desasosiego interior que entonces experimentaba y que luego calmaría, lo hacía sentirla a pesar suyo y por eso exclama:

¿Por qué he nacido en esta edad sin Fe?  
Yo soy una ave que llegó sola  
y sin amor al nido.

No creo en el mero retoricismo de su duda, sino más bien en la efectividad de su existencia; pero eso sí, como transitorio estado que no era por cierto su íntima verdad. Núñez de Arce había nacido para la Fe y no para el escepticismo, y por eso cuando la afirma se muestra más en conformidad con su yo y más sinceramente poético. Muy bien lo hace notar el P. Restituto del Valle en sus "Estudios Poéticos": "Hay en su obra partes censurables desde el punto de vista católico, su duda es un estado accidental con el que no se haya a gusto y por eso vuelve frecuentemente los ojos al ideal excelso de la Fe".

Núñez de Arce ni fué católico ferviente, como creía su amigo Emilio Bobadilla, más conocido por Fray Candil; ni pudo tampoco ser materialista o impío, quien tiene pensamientos como éste:

Feliz el alma que al romper su oscura  
cárcel, de eterno lauro coronada  
vuelve al seno de Dios intacta y pura.

Y aún voy más lejos y me atrevo a sostener que este tro-

zo haciendo a un lado prejuicios y aunque se crea hipérbole o irreverencia, parece el de un místico y me recuerda los éxtasis de Dante en los cantos del Paraíso y los sublimes arrebatos de San Juan de la Cruz en las "Coplas del alma que pena por ver a Dios."

En "Raimundo Lulio", aprovechando el poeta la conocida leyenda del Beato mallorquín, da una hermosísima interpretación simbólica. En la persecución de Raimundo Lulio a la doncella blanca, en su entrada a caballo al Templo y en el desencanto que luego experimenta al enseñarle aquella hedionda herida, representa la seducción científica que desviando al hombre del conocimiento de sus altos destinos le hace apurar el cáliz del desengaño. De "Raimundo Lulio" escribe Menéndez y Pelayo: "Este poema señala a mi ver, el apogeo de la gloria de Núñez de Arce. Ni antes ni después ha producido cosa mejor".

Después de los "Gritos de combate" y de "Raimundo Lulio", apareció un poema de menores proporciones que éste y de muy distinto carácter: "El Idilio". Explotando la novela "María" de Jorge Isaac, Núñez de Arce nos da una poesía tierna, conmovedora y sentida; desprovista de almibaramientos y empalagocías. Poema bucólico y campestre, no desmerece al lado de los mejores modelos de género. En la factura y expresión nos recuerda los melodiosos acentos de Lamartine y en el Parnaso castellano, nada menos que la sin par dulzura y esquisitez de Garcilaso.

Sonora es la "Elegía a la muerte de Alejandro Herculano" el inspirado poeta portugués más conocido por sus historias y tradiciones que por sus poesías y en el que los rasgos de carácter tenían mucha semejanza con los de su cantor que lleno de pesar y admiración exclama:

Ya no existe el poeta! Pero en vano  
querrá la muerte obscurecer la gloria  
del más insigne genio lusitano.

Entre los poemas escritos en esta época, y destinados a la lectura pública, debemos citar: "La última lamentación de Lord

Byron"; "La visión de fray Martín"; "La selva oscura"; "El vértigo". Todos ellos despertaron ruidoso entusiasmo.

En "La última lamentación de Lord Byron" que es de 1878 enseña Núñez de Arce la epopeya tal como cree que debe ser en la moderna literatura. Muy notoria es la excesiva exhalación de su héroe al que por tanto engrandecerle lo trasloca. El asunto es muy bello: la guerra de la independencia de Grecia en la que colaboró Byron habiendo trozos de inefable hermosura como aquel en que pone las siguientes expresiones en boca de Byron:

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa  
de héroes y genios! ¡Sosegada fuente  
de rica inspiración! ¡Fecunda esposa  
del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!  
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa  
por vez primera respiré tu ambiente!  
Y al escuchar el son de tus cadenas,  
¡Con cuánta indignación lloré en Atenas!

Asimismo se viste la poesía con sus mejores galas en algunas de las descripciones como en los esfuerzos de las ciudades sometidas a la tiranía turca por lograr su libertad y en las sangrientas escenas de las matanzas de los sufitas.

En "La selva oscura" imita "La Divina Comedia" de Dante en espléndidos tercetos, en cuyo metro apenas se había escrito en poesía española las Sátiras de Argensola y de Andrada y las Leyendas románticas "Juan de Lanuza" y "La Azucena Milagrosa" de los Duques de Frías y de Rivas respectivamente.

En "La visión de fray Martín" el verso se mueve con una amplitud y serenidad que quizá no alcanza en ninguna de sus demás poesías pero en cambio el asunto es algo truculento presentando un Lutero desgarrado por la duda y las luchas interiores y asimismo hay un exceso de simbolismo y alegoría que complican y recargan el conjunto que no me llega a satisfacer.

Ejemplares del género legendario son "Hernán el Lobo" y "El Vértigo". La lectura de la primera de estas composi-

ciones me produjo una impresión de desconcierto quizá sea de las que menos me gusta de todas sus poesías. En cambio "El Vértigo" sí que vale y sus versos se pegan irresistiblemente al oído. Por eso fácilmente se comprende la gran popularidad que alcanzaron aquellas sonoras y rítmicas décimas. En cuanto al fondo, la concepción es una de las más notables de Núñez de Arce. El cruel e implacable Juan de Tabares tras consumir su fratricidio pierde toda tranquilidad porque a donde va le siguen

los ojos del nuevo Abel  
de eterna sombra cubiertos  
siempre fijos, siempre abiertos  
siempre clavados en él.

Y de tanta desesperación, sucumbe, porque su conciencia ha sido su implacable acusadora. Como bellamente dice el poeta:

Conciencia nunca dormida  
mudo y pertinaz testigo  
que no dejas sin castigo  
ningún crimen en la vida  
la ley calla, el mundo olvida  
mas ¿quién sacude tu yugo?  
al Sumo Hacedor le plugo  
que a solas con el pecado  
fueses tú para el culpado  
delator, juez y verdugo.

De 1884 es "La Pesca" poesía llena de realismo, delicadeza y emoción plena de suave y armónica versificación. Algunas escenas son sumamente conmovedoras como el episodio de la tempestad en que los familiares palpitan todas las peripecias del naufragio, ora con esperanza, ora con amargo desaliento. Después de "La Pesca" apareció "Maruja" en la que sobre un asunto trivial el autor hace correr raudales de poesía vernácula. Luego apareció "Luzbel" cuyas fragmentarias estancias desmenuzó en el análisis, musa inspiradora del siglo como le llamó Núñez de Arce, nuestro compatriota Gonzales Prada. Sumamente exagerado y despiadado se mostró el autor de "Pá-

ginas Libres” con el primer canto de “Luzbel” que con toda las incorrecciones y defectos que hace notar tiene espléndidos arranques líricos.

En 1895 aparecieron los llamados “Poemas Cortos” y finalmente en 1900 “Sursum Corda”, que es todo un himno a la fe reconquistada y ya firmemente asentada en su espíritu y que puede considerarse como la última llamarada del genio del gran lírico.

Hemos mencionado sus principales y más connotadas producciones, pues no es posible que nos detengamos en todas las que produjo su fecundo numen. Pero como la preferencia es algo tan particular, para mí, la que más me gusta y la que mayor deleite me produce es “El Miserele”, reconociendo todo lo que valen poemas como “Raimundo Lulio” y “La selva oscura”.

En suma en sus poesías políticas se mostró lleno de vigor y reciedumbre, con aquella pujanza como de ariete al decir de Menéndez y Pelayo; y en los poemas hondo y sublime y en todas en fin marcó el sello de su inconfundible personalidad y de su alta y legítima inspiración.

---

### Conclusión

Núñez de Arce supo penetrar el alma de la raza, conmover, pintar la realidad y elevar el espíritu; vigoroso, rotundo y enérgico fué sin par amante del fondo y de la forma, de ahí la claridad de su estilo y la altura de su pensamiento. Por eso sus poesías levantaron admiración profunda, no sólo del uno al otro confín de España, sino más allá de las fronteras y su popularidad, sólo fué comparable a la de su comprovinciano el insigne Zorrilla. Puede asimismo decirse sin duda alguna que de las obras de ningún poeta español se han hecho tantas ediciones y traducciones como de las de Núñez de Arce.

Núñez de Arce fué, si se quiere, menos evocador del pasado y más actualista en su visión comparativamente con el Duque de Rivas y Zorrilla, pero sería imperdonable injusticia decir que no amó la historia.

En la “Epístola a la duda” le oímos decir:

Desde la altura de mi siglo, tiend  
alguna vez con ánimo atrevido  
mi vista a lo pasado y recorriendo  
los deshechos escombros de la historia  
en el febril anhelo que me agita  
sus ruinas vuelvo a alzar en mi memoria.

Pese a lo inferior del ambiente entre el que escribió sus poesías Núñez de Arce y el bélico y ardoroso que cantó Quintana, en el paralelo en que por tantas razones de semejanza, se establece entre ambos poetas sin desconocer los grandes méritos del que con justicia dijo un gran crítico que fué con "Sus odas patrióticas el clarín guerrero que despertó las iras del León español y le alentó en la titánica y desigual contienda" creo con convicción en la superioridad de Núñez de Arce.

De Núñez de Arce no puede decirse lo que se dijo de Quintana, sin duda con demasiada severidad: "que en su lira no había más cuerdas que las de patria y libertad", como temía D. Francisco de Paula Canalejas a cuya brillante elocuencia debió la Academia Española memorables discursos de estética y crítica literaria. Verdad es que aquel académico abrigaba tales temores antes de la aparición a la luz pública, de algunas de las más destacadas poesías de nuestro poeta, las más tiernas, delicadas y hondas; de muy diverso estilo y manera de las patrióticas aunque no por esta distinta orientación abrigaran más belleza.

Es el mismo Canalejas a quien debemos grandes aciertos críticos, como al decir que Núñez de Arce no fué ni clásico ni romántico, sino español.

Núñez de Arce no fué ni un iluso como algunos de los primeros desenfrenados rompantices, ni un pesimista a la manera de Heine, Leopardi o Byron aún cuando sintiera nostálgicos aleteos y retuviera inconscientes rezagos del romanticismo como no podía menos de suceder con tan esclarecido poeta a quien tenía que alcanzar la influencia de una escuela que ejerció acción tan preponderante y que no desapareció de la escena sin dejar hondas y fecundas huellas. Por lo demás, si bien la producción lírica de Núñez de Arce fué bastante posterior a la

conclusión del romanticismo en España, es cierto también que su niñez y juventud transcurrieron cuando aún estaba en mucha boga y lógico es que de él se penetrara y que le dejara recuerdos que vivieron siempre en su imaginación más o menos claros, pero siempre legítimos y no como algunos que se creyeron románticos y no produjeron sino un romanticismo bastardo y trasnochado.

Núñez de Arce no se dejó arrastrar por la deslumbradora estela del naturalismo zolesco, cuya efímera y artificial existencia, así como funesta doctrina previó y denunció en magnífico acierto.

Al clasicismo lo admiró en toda la grandeza que tuvo pero lo consideró también como un movimiento que haciendo caer a la poesía y a todas las artes plásticas en una mera contemplación de los modelos antiguos, la sustraía en absoluto de la vida real.

Núñez de Arce tuvo del idealista y del realista. Tuvo del idealista porque aspiraba con vehemencia a la regeneración y al perfeccionamiento de las sociedades y porque rendía parias a la excelsitud de la belleza en todas sus manifestaciones con el elevado criterio de un arte libre, puro y elevado y fué un realista en la legítima acepción del vocablo porque muy de veras comprendía que no por ser triste, amargas y desconsoladoras las realidades son menos positivas y las denunciaba no con el afán mezquino de exhibir una humanidad enferma y doliente, sino con el grande de curar llagas y sanar heridas.

Para sus obras rechacemos la torpe, estrecha y desatinada crítica de Guillermo Juneman, al decir que "no ha dejado tras de sí ninguna obra imperecedera. Algunas puede que vivan una centuria o más, aunque difícilmente porque luego se apagan acordes elegidos como los suyos: sombríos, pesimistas, enfáticos más que sentidos; y con toda su sonoridad y armonía tienen que morir." ¡Qué lejos de la verdad se hayan estas infatuadas frases sentenciosas que dan buena idea de la índole de su autor, tan dado a dogmatizar con orgullosos aires de infalibilidad que hacen antipática y detestable la lectura de su pésima "Historia de la literatura española".

A los que opinan como Juneman, debemos responderlos con las certeras palabras de Gonzales Prada: "Núñez de Arce ha subido hasta una eminencia a donde no llegan venablos de críticos malévolos ni recriminaciones de envidiosos. Posee títulos de reyecía literaria en "Raimundo Lulio", "La Pesca", "El Idilio", "La visión de Fray Martín" y cien producciones más, que vivirán tanto como la lengua castellana."

Núñez de Arce más tiene de Víctor Hugo prosista, que poeta y las "Estrofas" traen a la memoria los volcánicos párrafos de "Napoleón el Pequeño". Sus audacias de pensamiento y de lenguaje en verso, recuerdan asimismo las de Sarmiento en prosa y nos parece identificarse con él en las exclamaciones extraordinarias y en los apóstrofes violentos en que tanto abunda "Facundo".

Campoamor con quien se pretendió establecer una corriente de antagonismo escribió de él:

Tanto aumenta la gloria su estatura  
que a ese genio gigante  
le llamarán el grande allí en la altura  
Shakespeare, Ariosto, Calderón y Dante.

En 1903 a los 69 años, Núñez de Arce, el último gran poeta español del siglo XIX baja al sepulcro. Evoquemos en visión imaginativa y representemos como en un lienzo el extinguirse del poeta. Una brillante y espléndida caravana lo espera, avanza a su encuentro, se destaca, conocemos los principales que la integran: el Archipreste de Hita, Juan de Mena, los Manrique, Garcilaso, Herrera, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Calderón, Meléndez Valdés, Quintana, el Duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla, Becquer, Tassara, Campoamor y otros; son las grandes figuras del glorioso parnaso español. Entre ellos el recién llegado se encuentra entre hermanos, con ellos conversa y se deleita, ocupando luego el lugar que le estaba reservado. Y desde entonces con ellos comparte la inmarcesible, imperecedera y refulgente corona de la inmortalidad.

**Jorge Villarán Pasquel.**